

El encanto de Afganistán

Ana Esther Ceceña

La urgencia del gobierno de Estados Unidos por desatar la guerra en Afganistán, sin ninguna prueba acerca de la responsabilidad de Osama Bin Laden en los atentados del 11 de septiembre, es una provocación que obliga a formular algunas hipótesis, quizá tan audaces como la iniciativa de guerra lanzada. Primero que nada es necesario recordar que durante una hora aproximadamente (los datos difieren de acuerdo con el medio consultado. Tomando la información de El País sería una hora y 25 minutos) el gobierno de Estados Unidos perdió el control de su espacio aéreo y de posiciones terrestres estratégicas como el Pentágono. El tiempo que pasa entre la primera colisión en una de las torres y el avión derribado en Pittsburg marca un intervalo de tiempo demasiado prolongado en el que la administración militar es incapaz de impedir los ataques. Nadie parece poder encabezar la defensa del territorio (Bush se refugia fuera de la Casa Blanca y no declara, Powell está significativamente en la zona andina y los otros voceros no tiene una presencia determinante) y, para el país más poderoso del mundo, con los mejores y más pretenciosos servicios de inteligencia, defensa y ataque, una hora sin recuperar el control de la situación es un tiempo excesivo.

La vulnerabilidad del hegemon mundial quedó en evidencia y una de sus razones parece ser que, a pesar de la revolución en los asuntos militares operada para hacer frente a conflictos asimétricos en los que el enemigo no es un ejército convencional sino un pueblo, un grupo, una cultura distinta, etc., los detentadores de los grandes poderes mundiales están cada vez más alejados de la otra realidad que se les contrapone, la de las sociedades. No obstante el desconcierto del primer momento y la indefinición de la figura dirigente, la hipótesis principal es que el gobierno Bush-Powell no sólo recupera la iniciativa sino que aprovecha la ocasión para reforzar su hegemonía y para repositionarse territorial, militar y políticamente en el mundo. Efectivamente, hay algunas consideraciones que parecen apuntar insistentemente en esa dirección. Voy a destacar las que percibo como más importantes:

1. La señalización de Osama Bin Laden como responsable del operativo, sin contar con ningún elemento de comprobación, parece ser más bien una manera de hacer coincidir el escarmiento a

los culpables con un territorio cuya ubicación geográfica le confiere, en varios sentidos, un carácter estratégico. Da la impresión de que se eligió el lugar hacia el que se dirigiría la ofensiva de guerra antes aun de identificar a los culpables, si es que esta identificación es posible (ya que varias de las pistas seguidas llevan a callejones sin salida).



Afganistán no es un territorio rico en sí mismo pero se encuentra en un punto clave para poder trazar desde ahí un círculo, cuya contrapartida está en Israel y Saudiarabia -pasando por Yugoslavia-, que engloba a varias de las repúblicas separadas de la URSS y a los países petroleros del Islam. En esa región se ubica el 75 % de las reservas petroleras (WRI) del planeta, grandes yacimientos de uranio, reservas de gas natural y una gran cantidad de metales estratégicos para el desarrollo general como cromo, oro, mercurio, plata, platino, manganeso, cobre, bauxita/aluminio, zinc, estaño, wolframio y carbón (ver mapa).

Adicionalmente, cerrar el círculo de esta región brinda interesantes posibilidades de insertarse de manera conveniente en su reorganización. Se trata de una zona con una alta inestabilidad no sólo política sino también territorial, tanto por el equilibrio inestable en el que se encuentran todavía las repúblicas ex soviéticas, como por los conflictos político-culturales desatados por las sucesivas ocupaciones de los territorios de Medio Oriente. La entrada en la región, en una posición de fuerza, puede permitir a Estados Unidos un lugar de avanzada frente a Europa y de contrapeso frente a Rusia, y de algún modo también frente a China e India.

2. El otro círculo se traza desde Afganistán hacia el sudeste asiático con especial atención en China e India por su importancia económica (población, recursos, mercados, ascendiente sobre el resto) y tiende a crear un “control de paso” entre China y la zona islámica de Asia. No hay que olvidar que China es el otro enemigo potencial de la estabilidad estadounidense, con recursos y capacidad de autosuficiencia y de liderazgo dentro de la región asiática. Prioridad mayor, en este caso, es imposibilitar un entendimiento entre China y los países islámicos.

3. Dentro del juego de fuerzas planetario, el posicionamiento militar de la zona asiática desde Afganistán, combinado con la estrategia de apropiación lanzada sobre América Latina (ver Plan Puebla Panamá, Plan Colombia y acuerdos para la colocación de bases o realización de ejercicios militares en el sur), permitiría al ejército y a la inteligencia estadounidenses establecer un control total sobre el territorio mundial. Por esto una de las primeras medidas consiste en reactivar el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), que compromete a los estados y ejércitos de la región en la defensa de la seguridad nacional de Estados Unidos y crea corresponsabilidades que no atañen tanto al envío de soldados a Afganistán o cuestiones similares sino a la utilización de los recursos y economías latinoamericanas. La seguridad nacional de Estados Unidos ya contemplaba el uso de los energéticos latinoamericanos para garantizar el funcionamiento de su economía; ya contemplaba la apropiación de la biodiversidad y los conocimientos tradicionales para mantener la vanguardia en la carrera tecnológica y para construirse la mejor posición frente al peligro de una guerra bacteriológica o, simplemente, de que sus ejércitos sean incapaces de resistir en zonas tropicales del planeta. Con la nueva situación esos recursos deberán ser indudablemente puestos a disposición de Estados Unidos en su cruzada por imponer “la justicia” en el mundo.

4. Sin embargo, como el enemigo no es un estado definido, por más que se intente obligar a Afganistán a asumir ese papel, no hay mejor justificación para emprender una campaña mundial en contra del “terrorismo” que es, según una definición reiterada los últimos días, todo lo que no se somete incondicionalmente a la iniciativa del gobierno estadounidense (desde Hillary Clinton hasta George W. Bush) de imponer sus reglas y criterios universalmente. Por encima de cualquier diferencia cultural, de clase, de color y de situación, todos, hasta los más miserables y humillados del mundo, tendrán que compartir los “valores” del gobierno estadounidense si no quieren ser identificados -y reprimidos- como terroristas.

5. La iniciativa de guerra lanzada por el presidente Bush encubre la campaña desposeedora de mayor amplitud y profundidad que se haya conocido hasta ahora. Los afanes imperialistas de Estados Unidos están rompiendo sus propios límites y amenazan con un “arrasamiento total de la totalidad del mundo” (como dijera el Subcomandante Marcos analizando el mundo contemporáneo). La única posibilidad de enfrentar este arrasamiento es mediante la negación de la

guerra. Luchando en contra de todo aquello que sustente la guerra y construyendo un presente y un futuro donde la diversidad sea costumbre y la paz con respeto y dignidad la norma. Un mundo sin guerras es posible, tenemos que hacerlo realidad.